

turales y filosóficas en sentido positivista constituyen un grave peligro para los grandes principios morales, sociales y religiosos en que descansa la civilización».

¿Por qué, entonces, después de este inicial rechazo tirios y troyanos, es decir, conservadores y demócratas, se apuntan con cierto fervor al positivismo? Son esclarecedoras en este sentido las palabras de otro positivista, el crítico Manuel de la Revilla, que insistía en los debates del Ateneo madrileño del curso 1875 - 76 en que el positivismo es a la vez «liberal y conservador: liberal, porque reconoce la imperfección de muchas instituciones jurídicas y aspira a reformarlas y ponerlas en armonía con las necesidades de la naturaleza humana y de la justicia; conservador, porque sabe muy bien... que las reformas han de ser suaves transformaciones y no revoluciones violentas».

En 1875, España acababa de salir exhausta y frustrada del sexenio revolucionario. Experiencia que puso en crisis toda una serie de ideologías y que llevó a la liquidación de unos modos de pensamiento y a su sustitución por una nueva mentalidad de recambio. Esto es, el idealismo metafísico y el romanticismo fueron sucedidos por la mentalidad positiva.

En el cambio cada cual va a tratar de asumir aquellos aspectos del positivismo que le son más próximos y que no suponen una ruptura demasiado dolorosa con sus anteriores postulados. Así, los conservadores se aferrarán a las ideas de «orden» y «defensa de la sociedad», mientras que los demócratas van a abandonar las posturas utópicas y jacobinas para pasar a defender fórmulas de «democracia gubernamental» de acuerdo con un realismo posibilista, «buscando en instancias científicas la orientación y guía de la praxis política».

El positivismo, pues, va a configurar en términos generales un intento de racionalización y modernización de la sociedad española. Y en esta línea, la creación en 1884 de la Comisión de Reformas Sociales, por iniciativa de Moret, es un ejemplo de la plasmación práctica de esta corriente de pensamiento en el aspecto social.

También en el terreno científico el positivismo va a influir benéficamente, impulsando a la ciencia a seguir por la vía de la investigación riguro-

sa, según un espíritu basado en la observación y en los métodos emíricos; si bien —a veces— ésta cae en el esquematismo reduccionista. La filosofía, por su parte, salva distancias, suprimiendo los viejos antagonismos, e inicia una nueva andadura, ostentando ahora como timbre de honor el caminar al lado de la ciencia en armoniosa compañía.

Según Diego Núñez, si el pensamiento positivo no alcanzó mayores logros, «...condenado a ser en gran parte un fenómeno importado y mimético, cultivado habitualmente por una minoría ilustrada con afanes de modernización y puesta al día intelectual», fue debido a la falta de un mínimo de transformaciones en la sociedad española «que permitieran identificar la filosofía positiva con los intereses nacionales» ■ JOSEFINA PASCUAL.

APROXIMACIONES A NUESTRO PASADO INMEDIATO

José Antonio Gómez Marín es conocido de los lectores de esta revista, que contó en su primer número con un trabajo suyo («Los fascistas y el 98»), muy discutido. Este trabajo puede considerarse, precisamente, como paradigmático del modo de hacer y de la dedicación (o dedicaciones) de Gómez Marín.

Busca el autor un tiempo que suele ser el del siglo XIX, antecedente de nuestros días, clave a veces para conocer la realidad de ahora. Y a este pasado se acerca en unas ocasiones como crítico literario o buceador en la sociología de la literatura; en otras, como historiador. Aunque el camino sea diferente, el destino es idéntico: nuestro pasado, la búsqueda de nuestras señas de identidad.

La herramienta empleada es, asimismo, idéntica. Un lenguaje culto y elegante, con la justa dosificación anecdótica para evitar caer en la por desgracia frecuente pesadez de tantos historiadores y con la intención también de que ese anecdótico sea fuente de deducciones y de ejemplificación. Es ameno, pero no trivial; divulgador, pero no vulgar y pedestre.

JOSE ANTONIO GOMEZ
MARIN
APROXIMACIONES
AL REALISMO ESPAÑOL
CASTELLOTE EDITOR



Su último libro (**«Aproximaciones al realismo español»**, Castellote editor) ilustra muy bien lo que hemos dicho anteriormente. Gavilla de trabajos periodísticos, de los que no están ausentes aportaciones originales en el enfoque o en el dato, Gómez Marín trata en ellos de la generación del 68, de la Restauración, del 98, de los fascistas o fascistoides de los años republicanos... La interpretación de nuestro siglo XIX es relativamente unitaria, en lo que respecta a lo literario y, por extensión, en lo más específicamente histórico («no se entenderá la entera historia literaria del XIX español mientras no sea capaz alguien de atrillarla en una interpretación unitaria»). Por ejemplo, a propósito de la obra del primer Baroja, señala cómo la conciencia de crisis y los mismos proyectos «regeneradores» son anteriores, incluso, a la revolución de 1868; y no, por tanto, planta nacida en el «humus» del desastre noventa y ochista... Es el acontecer histórico de ese siglo un acontecer dramático e inestable, tocado de ala en su viaje por la ausencia de un partido conservador en el sentido europeo (idea en la que G. M. sigue a Maravall), con un moderantismo insuficiente que trata en vano de llenar ese vacío y que se inclina por la reacción más o menos descarada tan pronto la situación se planteaba difícil. Es D. Juan Valera personaje representativo de esta tendencia y de sus contradicciones. A ellas tampoco fue ajena la naciente burguesía, cuya escala de valores supo expresar Leopoldo Alas...

Y junto a Clarín, Galdós o Pérez de Ayala, el 98 con especial referencia a Valle, etc...

Difícil es sintetizar este libro, diverso en su origen, sugeridor y discutible en alguna de sus apreciaciones. Tal es el caso de la interpretación sobre el papel del ejército en el siglo XIX, donde parece que Gómez Marín toma el todo por la parte. Dice así: «A veces se ha olvidado el papel progresista que el ejército jugó por aquellas etapas». Acaso sea más exacto indicar, siguiendo a Tuñón, que tal papel no cupo al ejército como tal, sino a determinados jefes militares. Es decir, el militar no era propiamente un militar que se metía a político, sino un hombre político que como político usaba de la espada porque era la palanca de poder que tenía a mano, como D. Antonio Cánovas pudo usar del periodismo o de la tribuna del Ateneo y Castelar de su verbo encendido.

Casi la mitad de las cuatrocientas páginas del volumen están destinadas a antología. La forman una interesante recopilación de artículos y notas de «La conquista del Estado», «Fe», «JONS», «Escorial», etc..., complementarias del trabajo final del libro y verdadero escaparate periodístico de las manifestaciones escritas del fascismo español. ■ **VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.**

EL SACO DE ROMA

De entre los erasmistas españoles de la primera mitad del siglo XVI destaca la figura política de **Alfonso de Valdés**. Nacido en Cuenca en 1490, muerto en Viena a causa de una de las periódicas epidemias de peste que asolaban Europa, el 3 de octubre de 1532, jugó un importante papel en la corte del Emperador. Amigo personal de Erasmo, al igual que de Carlos I, fue secretario de éste y su consejero en cuestiones relacionadas, sobre todo, con los luteranos. Dos obras nos han quedado de su profundo ingenio: «**Diálogo de las cosas ocurridas en Roma**» (1527) y el «**Diálogo de Mercurio y Carón**» (1529). Ambas íntimamente relacionadas a la política imperial y al mismo tiempo testimonios de determinados hechos históricos.

La reciente aparición del primero de estos textos en edición manual¹, nos permite aproximarnos a un documento de enorme interés para conocer, de primera mano, hechos palmariamente manipulados por la posteridad. Me refiero tanto a una determinada comprensión de la actitud política de Carlos I como al suceso concreto del «Saco de Roma», llevado a cabo por las tropas imperiales en mayo de 1527.

Por lo que respecta al primer punto, hay que constatar que Alfonso de Valdés formula las concepciones políticas emanadas de las doctrinas erasmistas presentes ante todo en su «*Institutio principis christiani*», opuestas al pragmatismo político de hechos consumados de Maquiavelo y al cortesano ideal de Castiglione (nuncio apostólico a la sazón en la corte de España). Es ésta fundamentalmente la doctrina de concordia entre las naciones cristianas, el predominio de la negociación sobre la gue-



rra, la idea de imperio como unidad espiritual cristiana en la que el Emperador es su jefe espiritual.

Todo ello explica la actitud de Carlos I hacia los protestantes y hacia Francisco I de Francia, las soluciones negociadas a los conflictos en las Dietas y Paces de Worms y Augsburgo, y también la enconada oposición de Clemente VII a todas las propuestas imperiales. Estas cuestiones son

¹ Alfonso de Valdés: «**Diálogo de las cosas ocurridas en Roma**». Edición de José Luis Abellán. Editora Nacional, Madrid, 1975, 170 págs.

perceptibles en el texto de que hablamos, pero afloran explícitamente en el «**Diálogo de Mercurio y Carón**», en donde Valdés expone la idea de que «no se hizo la república por el rey mas el rey por la república» y, en consecuencia, existe un «pacto entre el príncipe y el pueblo; que si tú no haces lo que debes con tus súbditos, tampoco son ellos obligados a hacer lo que deben contigo». Junto a la noción medieval del imperio, de resonancias carolingias, o al patriarcalismo de la concepción monárquica, presentes en Erasmo y recogidas por Carlos I, esta idea de pacto en que la autoridad instituida es pactada con la comunidad, no deja de sorprender.

El segundo aspecto, y posiblemente el más interesante para nosotros, del libro de que hablamos, lo constituye la descripción del saqueo de Roma. Valdés utiliza como interlocutores a Lactancio, joven caballero, y al Arce-diano del Viso, recién llegado de Roma y camuflada todavía su condición bajo el hábito de soldado. Este cuenta las incidencias del asalto, la muerte del duque de Borbón, general del ejército imperial, y los ocho días de desmanes y saqueos a que se entregó aquella tropa amotinada, hambrienta, impagada y enemiga a muerte, por diversos motivos, de la Corte Romana.

Valdés pone en boca del Arce-diano descripciones realistas en que no se intentan ocultar las brutalidades cometidas. Lactancio, por su parte, se dedica a rebatir razonadamente la naturaleza de los hechos. Esta es, en mi opinión, la dimensión final del diálogo: analizar y descubrir el verdadero responsable del saqueo; restar toda responsabilidad al Emperador y darla por completo al Papa Clemente VII y a la corrupción y vicios de la Iglesia romana a la que Dios castiga por medio de este ejército heterogéneo de alemanes, italianos y españoles. Como dice en la introducción José Luis Abellán, «es la versión oficial de los hechos».

En su defensa de la inculpabilidad de Carlos I y de la absoluta responsabilidad del Pontífice, Valdés no ahorra los adjetivos y acusaciones hacia la Iglesia romana y la corte papal. Con ello nos ofrece una cruda imagen de la situación eclesial en aquel tiempo, escrita no desde el campo luterano, sino desde el de los católicos, que exigían radicales reformas y el cese de la corrupción y el negocio de la religión. Basta leer su calurosa de-